



TERRORISMO

EL TERRORISMO LÍQUIDO EN EL SIGLO XXI

TRANSFORMACIÓN, ADAPTACIÓN Y DESAFÍOS PARA LA SEGURIDAD GLOBAL

Francisco Javier Moreno Oliver

Doctor en Psicología. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9306-2125>



INTRODUCCIÓN

El terrorismo ha experimentado profundas transformaciones en las últimas décadas como resultado de los cambios tecnológicos, políticos, económicos y culturales asociados a la globalización. Mientras que durante gran parte del siglo XX las organizaciones terroristas se caracterizaban por estructuras jerárquicas estables, liderazgos claramente identificables, control territorial y cadenas de mando definidas, en la actualidad predominan modelos organizativos más flexibles, descentralizados y con una elevada capacidad de adaptación (Hoffman, 2006; Laqueur, 2003).

En este contexto surge el concepto de terrorismo líquido, una categoría analítica inspirada en la noción de modernidad líquida formulada por Zygmunt Bauman. Según este autor, las sociedades contemporáneas están marcadas por la incertidumbre, la movilidad y el cambio constante, circunstancias que también afectan a las formas de violencia política (Bauman, 2000). Desde esta perspectiva, el terrorismo líquido describe un fenómeno caracterizado por estructuras organizativas flexibles, funcionamiento en red, autonomía operativa y un uso intensivo del entorno digital.



El desarrollo de las tecnologías de la información, junto con la expansión de Internet y de las redes sociales, ha sido determinante en esta evolución. Estas herramientas han facilitado la comunicación entre actores dispersos, la difusión de propaganda y los procesos de radicalización a escala global, reduciendo la dependencia de infraestructuras físicas y organizaciones altamente centralizadas (Castells, 2010; Weimann, 2016). Como consecuencia, las nuevas formas de terrorismo presentan una mayor capacidad de adaptación y una respuesta más ágil frente a las medidas de seguridad tradicionales, concebidas para combatir amenazas más estables y previsibles (Sageman, 2008).

El estudio del terrorismo líquido resulta especialmente relevante por los desafíos que plantea a los Estados y a los organismos internacionales. La aparición de organizaciones menos jerarquizadas, capaces de operar mediante redes distribuidas y de actuar más allá de las fronteras nacionales, exige replantear los modelos tradicionales de prevención y respuesta (Schmid, 2013; Hoffman, 2006). En este sentido, el presente trabajo analiza el origen conceptual del término, sus principales características, los factores que han favorecido su desarrollo, el papel de las tecnologías digitales y las implicaciones que este fenómeno plantea para la seguridad internacional.

En definitiva, el terrorismo líquido constituye una amenaza dinámica y compleja que requiere respuestas integrales. Afrontarlo implica combinar estrategias de seguridad con políticas preventivas dirigidas a fortalecer la resiliencia social y reducir los procesos de radicalización, abordando tanto sus dimensiones operativas como los factores que favorecen su aparición (Bauman, 2000; Sageman, 2008).

MARCO TEÓRICO: DE LA MODERNIDAD LÍQUIDA AL TERRORISMO LÍQUIDO

Como hemos indicado anteriormente, la noción de liquidez tiene su origen en la obra del sociólogo Zygmunt Bauman y, en particular, en su teoría de la modernidad líquida. Según este autor, las sociedades contemporáneas se caracterizan por el progresivo debilitamiento de las estructuras tradicionales, la creciente inestabilidad de las instituciones y la aceleración de los procesos de cambio social (Bauman, 2000). En contraste, la modernidad sólida se define por la estabilidad de las instituciones y de los vínculos sociales (Bauman, 2007). En este escenario, las identidades, las relaciones personales y las instituciones se encuentran sometidas a una transformación continua, lo que convierte la capacidad de adaptación en una condición indispensable para desenvolverse en un entorno cada vez más dinámico e incierto.

Este marco teórico ha sido aplicado al estudio del terrorismo contemporáneo para explicar la evolución de sus formas de organización y funcionamiento. Desde esta perspectiva, el terrorismo líquido designa aquellas manifestaciones de violencia política que adoptan estructuras flexibles, organizadas en redes descentralizadas y compuestas por células con un elevado grado de autonomía. A diferencia de los modelos jerárquicos tradicionales, esta configuración incrementa la capacidad de adaptación y dificulta la respuesta de los sistemas de seguridad estatales (Atran, 2010; Arquilla & Ronfeldt, 2001).



Esta evolución no implica la desaparición de las organizaciones terroristas tradicionales, sino su adaptación a un entorno globalizado e intensamente interconectado. Aunque mantienen objetivos ideológicos, políticos o religiosos, muchas de ellas han incorporado modelos organizativos más flexibles que complican su identificación, vigilancia y neutralización por parte de las autoridades (Sageman, 2008).

El concepto de terrorismo líquido también guarda una estrecha relación con la teoría de la sociedad red desarrollada por Manuel Castells (2009). Según este enfoque, las relaciones de poder se articulan cada vez más a través de redes globales de información y comunicación que trascienden las fronteras estatales. Los grupos extremistas han sabido aprovechar este entorno para difundir propaganda, captar nuevos integrantes, fortalecer comunidades ideológicas transnacionales y coordinar actividades sin depender de una estructura física centralizada (Castells, 2009; Weimann, 2015).

En conjunto, el terrorismo líquido puede entenderse como el resultado de la convergencia entre la globalización, la revolución tecnológica y las transformaciones propias de la modernidad avanzada. Su funcionamiento en redes descentralizadas, su capacidad de adaptación y el aprovechamiento del espacio digital representan algunos de los principales desafíos para los actuales sistemas de seguridad y gobernanza internacional (Castells, 2009; Bauman, 2007).

CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DEL TERRORISMO LÍQUIDO

El terrorismo líquido presenta una serie de rasgos organizativos y operativos que reflejan las transformaciones de las sociedades contemporáneas. Entre ellos destaca la descentralización de las estructuras de mando, que rompe con los modelos jerárquicos característicos de muchas organizaciones terroristas del siglo XX. En la actualidad, numerosos grupos extremistas se articulan mediante redes descentralizadas formadas por células con un elevado grado de autonomía.

Esta configuración permite que cada célula actúe con independencia táctica, reduciendo la vulnerabilidad del conjunto frente a operaciones dirigidas a dismantelar sus liderazgos o centros de coordinación (Arquilla & Ronfeldt, 2001; Sageman, 2008). Como consecuencia, la detención o neutralización de determinados miembros no implica necesariamente la desaparición de la amenaza, ya que otros nodos de la red pueden mantener su capacidad operativa.

Otro rasgo distintivo es su elevada capacidad de adaptación. Los actores extremistas modifican continuamente sus estrategias en función de los cambios políticos, tecnológicos y de seguridad. Esta flexibilidad se refleja en la incorporación de nuevas herramientas de comunicación, la diversificación de sus métodos de actuación y el desarrollo de mecanismos destinados a eludir los sistemas de vigilancia estatales. Gracias a esta capacidad de aprendizaje, pueden mantener su actividad incluso bajo una intensa presión policial y militar (Bauman, 2007; Weimann, 2015).



La dimensión transnacional constituye otra característica esencial. El desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación ha reducido el impacto de las fronteras geográficas, facilitando la conexión entre individuos y grupos situados en diferentes regiones del mundo. En este escenario, las ideologías extremistas circulan a través de redes globales que enlazan comunidades dispersas sin necesidad de contacto físico entre sus integrantes, ampliando el alcance de los procesos de radicalización y la difusión de discursos extremistas (Castells, 2009; Hoffman, 2006).

La creciente virtualización de la actividad terrorista representa igualmente un elemento diferenciador. Buena parte de los procesos de radicalización, reclutamiento, adoctrinamiento y propaganda se desarrolla hoy en entornos digitales. Las plataformas en línea permiten difundir mensajes de forma inmediata, dirigirse a públicos específicos y consolidar comunidades virtuales de apoyo. Al mismo tiempo, el empleo de redes sociales, aplicaciones de mensajería cifrada y otros canales digitales facilita comunicaciones relativamente seguras y de difícil supervisión por las autoridades, reforzando la resiliencia de estas organizaciones (Conway, 2017; Weimann, 2015).

Por último, el terrorismo líquido se caracteriza por una creciente individualización de la violencia. Este fenómeno se refleja en la aparición de los denominados actores solitarios (lone actors), individuos que, tras un proceso de radicalización desarrollado con frecuencia en el entorno digital, ejecutan acciones violentas sin mantener vínculos operativos directos con organizaciones terroristas formalmente constituidas. Aunque suelen inspirarse en narrativas promovidas por grupos extremistas, la ausencia de una estructura organizativa visible dificulta considerablemente su detección por parte de los servicios de inteligencia y de las fuerzas de seguridad. En consecuencia, este tipo de violencia se ha convertido en uno de los principales desafíos para las políticas actuales de prevención y lucha contra el terrorismo (Gill, Horgan & Deckert, 2014; Spaaij, 2012).

GLOBALIZACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL TERRORISMO

La globalización constituye uno de los factores clave para comprender la evolución del terrorismo líquido. La intensificación de los flujos de información, personas, bienes y capitales ha ampliado considerablemente las posibilidades de actuación de los actores extremistas, que encuentran en este escenario un entorno propicio para difundir sus discursos, establecer vínculos con simpatizantes y consolidar redes de apoyo que trascienden las fronteras nacionales (Castells, 2009; Naim, 2006).

Uno de los efectos más significativos de este proceso ha sido la aceleración de la circulación de ideas radicales a través de Internet y las redes sociales. Estas plataformas permiten difundir contenidos ideológicos de forma prácticamente inmediata, superando las limitaciones geográficas y temporales que condicionaban su propagación en décadas anteriores (Weimann, 2015; Conway, 2017). Como resultado, han surgido comunidades virtuales integradas por personas que comparten una misma visión ideológica pese a encontrarse dispersas por distintos países.



La creciente interdependencia mundial también ha intensificado la percepción de incertidumbre e inseguridad en amplios sectores de la población. Diversos autores sostienen que algunos efectos asociados a la globalización —como el aumento de las desigualdades, la precarización laboral o las crisis de identidad cultural— pueden favorecer contextos propicios para los procesos de radicalización (Bauman, 2005; Bauman, 2007). Aunque ninguno de estos factores constituye una causa directa del extremismo violento, sí pueden ser aprovechados por los discursos radicales para construir narrativas de agravio, exclusión y confrontación.

Por otra parte, el incremento de la movilidad internacional ha favorecido la creación de redes flexibles capaces de desarrollar actividades de forma simultánea en distintos territorios. Esta realidad ha reducido el protagonismo del Estado como único marco de referencia para comprender y combatir el terrorismo, ya que los grupos extremistas pueden reorganizarse con rapidez y adaptar sus operaciones aprovechando el elevado grado de interconexión global (Arquilla & Ronfeldt, 2001; Sageman, 2008). En consecuencia, la prevención de esta amenaza exige una cooperación cada vez más estrecha entre Estados, organismos internacionales y servicios de inteligencia.

La globalización también ha modificado los objetivos y las estrategias de buena parte del terrorismo contemporáneo. Mientras que muchas organizaciones del siglo XX perseguían principalmente fines territoriales o aspiraban al control del poder estatal, numerosos grupos actuales orientan su actividad hacia la difusión de su ideología, la desestabilización de los sistemas políticos o la maximización del impacto mediático de sus acciones. Este cambio refleja la capacidad de adaptación del terrorismo a un entorno caracterizado por la interconectividad, la inmediatez de la información y el predominio de las redes como forma de organización (Castells, 2009; Hoffman, 2006).

EL PAPEL DE INTERNET Y LAS REDES SOCIALES

Internet desempeña un papel central en la evolución del terrorismo líquido, ya que la revolución digital ha transformado profundamente las formas de comunicación, organización y movilización de los actores extremistas. Más que un simple canal de difusión, el entorno digital constituye un espacio de interacción que ha modificado las dinámicas de la violencia política contemporánea y ampliado las posibilidades de actuación tanto de las organizaciones como de los individuos radicalizados (Weimann, 2015; Conway, 2017).

Una de las principales ventajas que ofrecen las plataformas digitales es su capacidad para difundir propaganda de manera rápida, masiva y con un coste reducido. A diferencia de los medios de comunicación tradicionales, Internet permite transmitir mensajes ideológicos directamente a audiencias globales, sin depender de intermediarios, lo que incrementa su alcance e influencia (Weimann, 2015; Klausen, 2015). En el terrorismo líquido, donde la velocidad de circulación de la información constituye un recurso estratégico, esta capacidad adquiere un valor especialmente relevante.



El ecosistema digital también ha transformado los procesos de reclutamiento. Los grupos extremistas utilizan estrategias de segmentación para identificar personas potencialmente vulnerables, aprovechando tanto el funcionamiento de los algoritmos como la existencia de espacios virtuales con escasa diversidad ideológica. La interacción continuada con contenidos personalizados y sistemas automatizados de recomendación puede reforzar determinadas creencias y favorecer una progresiva radicalización (Conway, 2017; Berger & Morgan, 2015). Además del reclutamiento, las tecnologías digitales facilitan la construcción de identidades colectivas que trascienden las fronteras nacionales. A través de foros, redes sociales y comunidades virtuales, individuos situados en distintos países desarrollan un sentimiento de pertenencia basado en referentes ideológicos compartidos. Esta identificación fortalece la cohesión del grupo sin necesidad de contacto presencial, una dinámica coherente con la organización descentralizada que caracteriza al terrorismo líquido (Castells, 2009; Sageman, 2008).

Otro aspecto relevante es el uso de aplicaciones de mensajería cifrada, que proporcionan elevados niveles de privacidad en las comunicaciones. Estas herramientas dificultan las labores de vigilancia e interceptación por parte de las autoridades y facilitan la coordinación entre individuos o pequeñas células distribuidas, aumentando la complejidad de las tareas de prevención e investigación (Weimann, 2015; Gill et al., 2017).

No obstante, conviene evitar interpretaciones deterministas. Internet no constituye una causa directa del terrorismo, sino un instrumento que amplifica procesos sociales, políticos y psicológicos preexistentes. En consecuencia, la radicalización no puede explicarse únicamente por el uso de las tecnologías digitales, sino por la interacción entre factores individuales, contextuales y estructurales que incrementan la vulnerabilidad frente a los discursos extremistas (Horgan, 2014; Conway, 2017).

RADICALIZACIÓN EN LA ERA DIGITAL

La radicalización es un proceso gradual mediante el cual una persona adopta creencias extremistas que pueden llegar a legitimar el uso de la violencia con fines políticos, religiosos o sociales. En el contexto del terrorismo líquido, este fenómeno presenta características propias derivadas de la digitalización de la comunicación y de la organización en red que define a las sociedades contemporáneas (Horgan, 2014; McCauley & Moskalenko, 2017). En los entornos digitales, este proceso suele desarrollarse de manera progresiva. En una primera fase, los individuos acceden a información relacionada con determinados conflictos o causas de interés y, posteriormente, se exponen a contenidos con una carga ideológica cada vez mayor. Esta evolución favorece interpretaciones simplificadas de la realidad, basadas en visiones dicotómicas que presentan los conflictos sociales como enfrentamientos irreconciliables entre grupos opuestos (Neumann, 2013; Conway, 2017).

Las redes sociales desempeñan un papel especialmente relevante porque facilitan el contacto entre personas con intereses y creencias similares, favoreciendo la formación de comunidades virtuales cohesionadas. En estos



espacios, la reiteración de determinados discursos y la validación mutua entre sus integrantes contribuyen a normalizar las narrativas extremistas y a reforzar las convicciones radicales (Berger & Morgan, 2015; Klausen, 2015). De este modo, disminuyen las barreras de acceso a este tipo de contenidos y se facilita la incorporación progresiva a entornos ideológicamente homogéneos.

A ello se suma el efecto de los sistemas de recomendación algorítmica. Basados en el historial de navegación y en las interacciones previas de los usuarios, estos algoritmos tienden a mostrar información afín a sus preferencias, reduciendo la diversidad de fuentes disponibles y reforzando lo que Eli Pariser (2011) denominó «burbujas de filtro». Como resultado, pueden configurarse ecosistemas informativos cerrados que intensifican la polarización al limitar la exposición a perspectivas alternativas (Pariser, 2011; Conway, 2017).

Sin embargo, la radicalización no puede atribuirse exclusivamente a las tecnologías digitales. Se trata de un fenómeno complejo y multicausal en el que confluyen factores sociales, psicológicos, políticos y económicos, entre ellos la exclusión social, la discriminación percibida, las crisis de identidad, los conflictos políticos o determinadas experiencias personales de especial impacto (Horgan, 2014; McCauley & Moskalenko, 2017). El entorno digital puede acelerar o reforzar estos procesos, pero no constituye por sí mismo su origen.

Por ello, las investigaciones actuales coinciden en la necesidad de abordar la radicalización desde una perspectiva multidimensional que integre factores individuales, sociales, políticos y tecnológicos. Este enfoque permite comprender mejor la complejidad del fenómeno y diseñar estrategias preventivas más eficaces, dirigidas tanto a reducir las condiciones que favorecen la radicalización como a intervenir sobre las dinámicas propias del ecosistema digital (Neumann, 2013; Conway, 2017).

DESAFÍOS PARA LA SEGURIDAD INTERNACIONAL

El terrorismo líquido plantea importantes desafíos para los Estados y las organizaciones internacionales, ya que los modelos tradicionales de lucha contra el terrorismo fueron concebidos para hacer frente a organizaciones con estructuras jerárquicas, cadenas de mando definidas y un claro anclaje territorial. La aparición de redes descentralizadas, flexibles y con una elevada capacidad de adaptación ha reducido la eficacia de estos enfoques y obliga a replantear las estrategias de prevención y respuesta (Arquilla & Ronfeldt, 2001; Sageman, 2008).

Uno de los principales retos consiste en identificar amenazas dentro de estructuras con escasa visibilidad organizativa. En muchos casos, los individuos radicalizados actúan de forma autónoma o integran pequeños nodos sin vínculos operativos formales con organizaciones terroristas reconocidas, lo que limita la capacidad de los servicios de inteligencia para detectar y prevenir ataques mediante los métodos tradicionales de vigilancia (Horgan, 2014; Gill et al., 2017). La ausencia de jerarquías claramente definidas incrementa la incertidumbre y dificulta la atribución de responsabilidades.



La expansión del entorno digital añade un nuevo nivel de complejidad. La difusión casi instantánea de propaganda y narrativas extremistas reduce los tiempos de reacción de las instituciones y exige capacidades avanzadas de monitorización, análisis en tiempo real y detección temprana de procesos de radicalización (Weimann, 2015; Conway, 2017). En este escenario, la anticipación adquiere tanta importancia como la respuesta operativa.

La dimensión transnacional del terrorismo líquido refuerza, además, la necesidad de una cooperación internacional sostenida. Ningún Estado dispone por sí solo de los recursos suficientes para afrontar una amenaza que opera sin respetar fronteras nacionales. El intercambio de inteligencia, la coordinación entre organismos de seguridad y la armonización de los marcos jurídicos se han convertido, por ello, en elementos esenciales de la respuesta internacional (Europol, 2023; United Nations Office of Counter-Terrorism, 2021).

Al mismo tiempo, las políticas antiterroristas deben preservar el equilibrio entre la seguridad y la protección de los derechos fundamentales. La ampliación de las capacidades de vigilancia no puede traducirse en restricciones desproporcionadas de libertades como la privacidad, la libertad de expresión o las garantías procesales, ya que ello podría debilitar la confianza ciudadana y erosionar la legitimidad de las instituciones democráticas (Donohue, 2008; Zedner, 2009).

Desde esta perspectiva, la evidencia disponible muestra que las respuestas exclusivamente represivas resultan insuficientes. Las medidas policiales y judiciales siguen siendo imprescindibles, pero deben integrarse en estrategias más amplias que incluyan actuaciones preventivas dirigidas a reducir los factores que favorecen la radicalización. Entre ellos destacan la exclusión social, la desigualdad, la fragmentación comunitaria y determinadas crisis de identidad, elementos que pueden aumentar la vulnerabilidad frente a los discursos extremistas (McCauley & Moskalenko, 2017; Neumann, 2013).

En este marco, la educación constituye una herramienta estratégica para fortalecer el pensamiento crítico y las competencias digitales, favoreciendo la identificación de la desinformación, la manipulación y las narrativas extremistas presentes en el entorno digital (UNESCO, 2023; Conway, 2017). Del mismo modo, las políticas de inclusión social pueden contribuir a reducir factores de riesgo asociados a la marginación y reforzar la cohesión comunitaria, disminuyendo el atractivo de los discursos radicales (Putnam, 2000; Bauman, 2007).

Las empresas tecnológicas también desempeñan un papel cada vez más relevante. La moderación de contenidos, el desarrollo de sistemas automatizados para detectar propaganda violenta y la colaboración con las autoridades constituyen herramientas importantes para limitar la difusión del extremismo, siempre dentro de marcos transparentes y respetuosos con los derechos fundamentales (Weimann, 2015; Berger, 2018).

En definitiva, responder al terrorismo líquido exige una estrategia integral basada en la combinación de capacidades de inteligencia, cooperación internacional, prevención social y alfabetización digital. Solo un



enfoque multidimensional permitirá afrontar una amenaza caracterizada por su capacidad de adaptación, su alcance transnacional y el uso intensivo de las tecnologías de la información.

CONCLUSIONES

El terrorismo líquido constituye una expresión de las transformaciones que han experimentado la violencia política y las organizaciones extremistas en el siglo XXI. Su evolución está estrechamente vinculada a la globalización, la digitalización y a las dinámicas propias de la modernidad líquida descrita por Bauman, factores que han favorecido la aparición de formas de organización más flexibles, descentralizadas y con una elevada capacidad de adaptación (Bauman, 2007; Castells, 2009).

A diferencia de los modelos jerárquicos tradicionales, estas estructuras operan mediante redes de nodos relativamente autónomos, lo que dificulta su identificación y neutralización por parte de los Estados. Al mismo tiempo, el desarrollo de Internet y de las plataformas digitales ha ampliado las posibilidades de difusión ideológica, reclutamiento y coordinación, favoreciendo la consolidación de comunidades extremistas con un alcance transnacional (Weimann, 2015; Conway, 2017).

El análisis realizado pone de manifiesto que la radicalización debe entenderse como un fenómeno complejo y multicausal. Aunque el entorno digital ha transformado la velocidad, el alcance y la intensidad de estos procesos, no constituye su origen. La interacción entre factores sociales, políticos, económicos, psicológicos y tecnológicos continúa siendo determinante para explicar la incorporación de determinados individuos a dinámicas de extremismo violento (Horgan, 2014; McCauley & Moskalenko, 2017).

Desde esta perspectiva, las respuestas centradas exclusivamente en la acción policial o militar resultan insuficientes. Afrontar el terrorismo líquido requiere combinar capacidades de inteligencia con estrategias preventivas que incluyan cooperación internacional, alfabetización digital, fortalecimiento del pensamiento crítico y políticas orientadas a reducir los factores sociales que favorecen la radicalización. La eficacia de estas medidas dependerá, además, de su aplicación dentro de marcos plenamente respetuosos con los derechos fundamentales y los principios del Estado de derecho (Europol, 2023; UNESCO, 2023).

Por último, conviene señalar que el terrorismo líquido debe entenderse como una categoría analítica que facilita la interpretación de determinadas transformaciones del terrorismo contemporáneo, más que como una nueva tipología universalmente aceptada. Su principal aportación radica en ofrecer un marco conceptual que permite comprender cómo la flexibilidad organizativa, la interconectividad global y el uso intensivo de las tecnologías digitales están modificando las formas de actuación de los actores extremistas y planteando nuevos retos para la seguridad internacional.

En este sentido, futuras investigaciones podrían profundizar en la utilidad explicativa del concepto, contrastán-



-dolo con otras aproximaciones teóricas y analizando su capacidad para interpretar la evolución de distintas manifestaciones del terrorismo contemporáneo. Este enfoque contribuiría a consolidar un marco analítico más sólido para comprender un fenómeno en constante transformación.

REFERENCIAS

- Orquilla, J., & Ronfeldt, D. (2001). *Networks and netwars: The future of terror, crime, and militancy*. RAND Corporation.
- Atran, S. (2010). *Talking to the enemy: Violent extremism, sacred values, and what it means to be human*. Ecco.
- Bauman, Z. (2000). *Liquid modernity*. Polity Press.
- Bauman, Z. (2005). *Liquid life*. Polity Press.
- Bauman, Z. (2007). *Liquid times: Living in an age of uncertainty*. Polity Press.
- Berger, J. M. (2018). *Extremism*. MIT Press.
- Berger, J. M., & Morgan, J. (2015). *The ISIS Twitter census*. Brookings Institution.
- Castells, M. (2009). *Communication power*. Oxford University Press.
- Castells, M. (2010). *The rise of the network society* (2nd ed.). Wiley-Blackwell.
- Conway, M. (2017). Determining the role of the internet in violent extremism and terrorism. *Studies in Conflict & Terrorism*, 40(1), 77–98.
- Donohue, L. K. (2008). *The cost of counterterrorism: Power, politics, and liberty*. Cambridge University Press.
- Europol. (2023). *European Union terrorism situation and trend report (TE-SAT)*. Europol.
- Gill, P., Horgan, J., & Deckert, P. (2014). Bombing alone: Tracing the motivations and antecedent behaviors of lone-actor terrorists. *Journal of Forensic Sciences*, 59(2), 425–435.
- Hoffman, B. (2006). *Inside terrorism* (Rev. ed.). Columbia University Press.
- Horgan, J. (2014). *The psychology of terrorism* (2nd ed.). Routledge.



Klausen, J. (2015). Tweeting the Jihad: Social media networks of Western foreign fighters in Syria and Iraq. *Studies in Conflict & Terrorism*, 38(1), 1–22.

Laqueur, W. (2003). *No end to war: Terrorism in the twenty-first century*. Continuum.

McCauley, C., & Moskaleiko, S. (2017). *Friction: How radicalization happens to them and us*. Oxford University Press.

Microsoft Copilot. (2024). Herramienta de asistencia basada en IA para revisión gramatical y ortográfica del texto. Microsoft.

Naim, M. (2006). *Illicit: How smugglers, traffickers, and copycats are hijacking the global economy*. Anchor Books.

Neumann, P. R. (2013). The trouble with radicalization. *International Affairs*, 89(4), 873–893.

Pariser, E. (2011). *The filter bubble: What the Internet is hiding from you*. Penguin.

Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. Simon & Schuster.

Sageman, M. (2008). *Leaderless jihad: Terror networks in the twenty-first century*. University of Pennsylvania Press.

Schmid, A. P. (2013). Radicalisation, de-radicalisation, counter-radicalisation: A conceptual discussion. *International Centre for Counter-Terrorism*.

Spaaij, R. (2012). *Understanding lone wolf terrorism*. Springer.

UNDP. (2023). *Preventing violent extremism through development approaches*. United Nations Development Programme.

UNESCO. (2023). *Education for prevention of violent extremism*. UNESCO.

United Nations Office of Counter-Terrorism. (2021). *United Nations global counter-terrorism strategy*. UN.

Weimann, G. (2015). *Terrorism in cyberspace: The next generation*. Woodrow Wilson Center Press.

Weimann, G. (2016). *Terrorism in cyberspace: The next generation (updated discussions on online extremism)*. Wilson Center.

Zedner, L. (2009). *Security*. Routledge.